

liamos? Algunas personas de buena intencion nos apremiaron para que abrazásemos ese desesperado partido, porque recordaban que Odesa ya otra vez habia estado durante seis meses incomunicada con el resto de Europa, por un motivo semejante. Esto nos hacia estar muy indecisos, cuando para poner término á nuestra irresolucion las puertas de la ciudad fueron cerradas. Sin embargo, no podia ser que la fortuna nos hubiera acompañado en ese largo viaje para abandonarnos en el momento decisivo: lo cierto era que Odesa estaba incomunicada por tierra, pero teniamos libre el mar, y en ese mar estaba el buque de vapor Nicolas I, que aparejaba para marchar á Constantinopla.

Quien ocho dias antes nos dijera *iréis á Constantinopla*, nos habria sorprendido mucho, y sin embargo Constantinopla es una ciudad muy cómoda, en ella se vive sin contradicciones, y reina allí la filosofia fatalista. Nadie pregunta al viajero de dónde viene, ni si trae la peste. Apestado ó sano es muy bien venido: con esto pues nos resolvimos y nos despacharon sin obstáculo. Tomamos posesion de aquel bienaventurado buque; el dia 4 salimos al caer la tarde deseando alivio para los males de esa bella y amenazada ciudad, en donde habiamos sido tan generosa y delicadamente recibidos.

Al dia siguiente pasábamos á corta distancia de la isla de las Serpientes, única del mar Negro, que es la *Leukè* ó isla blanca de los antiguos, y que ha tenido otros nombres. Aquiles la recibió como regalo de su madre Tetis, triste infantazgo para tan rico heredero, y sin embargo el hijo levantó un templo y una ciudad sobre la roca. Despejada hoy de todas las mitologías y de toda verdura, se presenta como un islote triste y desnudo, cuyos únicos habitantes son las aves marítimas. Dejamos atras la isla sin advertir ninguno de esos indicios de que habla Arriano en el Périplo del Ponto-Euxino: las sombras de Aquiles y de Patroclo no se tomaron la molestia de indicarnos, como se dice que suelen hacerlo, cuál es el punto de la playa mas cómodo para el desembarco. Una mar fuerte, un cielo gris y un viento frío nos persiguieron hasta los 44° de latitud; cielo y temperatura que estaban en mucha armonía con las tradiciones de los marinos de la costa, los cuales si bien no creen en Aquiles ni en Patroclo, viven persuadidos y con razon, de que el punto donde las aguas y los vientos son mas inclementes es delante de las bocas del Danubio. Por fin un hermoso sol de otoño y una mar calmosa y limpia favorecieron nuestra entrada en el Bósforo el dia 6 de Noviembre. Grande era

nuestro deseo de ver ese célebre paso, y cuando llegamos á columbrarlo nos pareció la navegacion hártamente acelerada. Correr cual lo hacíamos por delante de tan variados sitios era quedar deslumbrado por ellos, puesto que el ojo se fatiga siguiendo todos los espléndidos paisajes, todas las maravillosas perspectivas que aparecen y huyen tan rápidamente.

El incomparable paso del Bósforo es un inmenso panorama que corre por ambos lados del buque durante cinco leguas, matizado de fuertes, de torres, de pueblos y de palacios. En la entrada ya se ven todas esas maravillas diseminadas acá y acullá en las pendientes de las colinas; mas adelantando un poco, las casas parece que se van apretando en las orillas del canal y semejan el brillante frontis de un edificio caprichoso. Encima de ese primer plano se ven amontonados en el mas pintoresco desórden techos rojos, paredes barnizadas, doradas celosías, nogales con la copa redonda, antiguos cipreses y las blancas agujas de las mezquitas. Cuanto mas se acerca uno á Constantinopla, mas confuso se hace ese admirable caos, y mas ruidoso es en ambas playas ese murmullo que revela la vida de un gran pueblo, mientras ve uno cruzar por el Bósforo en todas direcciones infinito número de esquifes.

Habíamos navegado hasta aquí con velocidad muy grande; mas el buque fué refrenando su marcha delante del *Buyuk-Deré*, el gran valle, nombre que los turcos dan al magnífico sitio en donde se levanta el palacio de la embajada rusa. Allí había una corbeta de guerra que envió á recoger los despachos del vapor. Poco despues costeábamos Terapia, el palacio de Francia y sus magníficos jardines; más lejos atravesamos una numerosa escuadra turca, compuesta de navíos y fragatas anclados delante del arsenal, nuevos y perfectamente contruidos por un director americano. Entonces nos hallábammos en medio de una ciudad turbulenta, compacta, amontonada, de la ciudad de que el Bósforo es la cristalina y populosa calle. Finalmente, á las cinco de la tarde echamos el ancla cerca de la punta del serrallo, en medio de esa célebre concha llamada el *Cuern de oro*. Un brillante espectáculo coronaba la escena siempre variada del Bósforo, y era Constantinopla inundada de luz ardiente y diáfana, eran las grandes colinas y las cimas de esa ciudad inmensa, anegadas en las olas de oro del sol que descendía majestuosamente por detras de los grandes cimborios y de los minarettes de la mezquita de Achmet.

El pailebot frances Dante, que estaba cerca de

nosotros, se disponia á salir para Marsella; solo nos quedaban veinticuatro horas para recorrer esa animada capital; y apenas habiamos llegado, cuando la severa ley que prohíbe toda comunicacion durante la noche, nos tenia presos á bordo. Quedamos, pues, clavados en cubierta, admirando el soberbio espectáculo que nos rodeaba, y cuyos imponentes contornos engrandecia la luna. Desde allí procuramos sorprender algun ruido de la ciudad dormida; mas todas las criaturas humanas guardaban un profundo silencio y no oiamos sino el ladrar de los perros, nocturnos dueños de Constantinopla. Todo se despertó con el dia: la ciudad, los buques y los frágiles esquifes, que trabuca el menor movimiento, y que, en número de diez mil, surcan de continuo las aguas de la capital de Turquía.

Poco tiempo son diez horas para recorrer la cuádruple ciudad; ir de Gálata á Pera, que conserva todavía su gigantesca torre genovesa, arrojarse en ese laberinto de calles y bazares de Stambul, y arriesgarse hasta Scutari. Hemos corrido como soldados destacados, cual estudiantes impacientes que aprovechan con delirio una hora, un rato, un minuto. Nosotros, que huíamos de la peste, la desafiábamos alegremente en esas tortuosas callejuelas,

por las cuales corre con la cabeza erguida, los codos libres y la orgullosa apostura de turco que choca con todo sin decir agua va. Mas siendo como somos, viajeros que andan jadeando, ¿tenemos derecho siquiera de hablar de mezquitas, de bazares, de cementerios, de palacios? ¿Trataremos acaso de trazar precipitadamente un solo rasgo de ese grande boceto que exigiria muchos dias? No, por cierto: los que acaban de visitar un paso ante otro la Crimea; los que se han detenido religiosamente en el umbral de esas mezquitas tátaras; los que una á una han contado las humildes aldeas de arcilla perdidas bajo las sombra de los árboles, no pueden esplicar su pasmo. Despues de tres meses de estudiar cabañas, ¿qué provecho sacariamos de algunas horas, rápidas cual el pensamiento, en esta metrópoli del mundo otomano?

No: los viajes, en nuestros tiempos, se hacen fácilmente: Constantinopla está tocando con Marsella, y nosotros, estudiosos, entusiastas peregrinos, que hemos secundado en cuanto cabia en nosotros á un gefe activo y lleno de fervor en pro de la ciencia, nosotros de seguro veremos otra vez estos lugares tan hermosos, asunto digno de admiracion y de estudio.

Zarpó el Dante en 7 de Noviembre, y el dia 8

encontramos en los Dardanelos la escuadra turca de Tahir-Bajá. Algunas horas despues descubrimos una flota francesa majestuosamente anclada entre Tenedos y la playa Troyana, *campos ubi Troya fuit*: y al dia siguiente entrábamos en Smyrna. Tampoco pintaremos esta hermosa ciudad oriental, tan bien descrita por tantos ilustres viajeros.

Sin embargo de que el Dante es un buque acostumbrado á todas esas aguas, no habia podido librarse de un peligroso abordaje. Un pailebot austriaco cruzando nuestro rumbo durante la noche en el canal de Scio, sufrió como nosotros un duro é imprevisto choque; pero felizmente ambos buques, aunque muy averiados, pudieron continuar sus rumbos. Entre la Morea y Malta, una ráfaga obligó al Dante á detener la máquina, porque resistir á la tempestad por mas tiempo, hubiera sido arriesgarlo todo. Malta nos cobijó entre sus muros. Despues de costear la Sicilia y de saludar todas las ciudades de la costa de Italia, llegamos á Marsella al cabo de seis meses de ausencia, para encontrar en el lazareto un reposo y una soledad fecundas en recuerdos.

Aquí termina el sencillo relato de nuestro viaje, correría no interrumpida, revista rápida, en la cual cada hora y cada pais, presentaban al viajero un

tributo de agitaciones nuevas y de estudios interesantes. Lo que nos falta decir de todos los paises, cuyo itinerario traza este libro, lo relatará la ciencia en su grave y preciso lenguaje. Mi tarea está cumplida, y mis votos quedarán del todo satisfechos si la indulgente atencion de los lectores ha podido seguirme hasta aquí al traves de ese laberinto de paisajes, de historia, de observaciones y de poesía, por el cual nuestra activa cohorte se ha paseado durante seis meses con tanto celo como próspera fortuna. Esto, pues, no será en rigor mas que la introduccion necesaria á los trabajos de los sabios y naturalistas, de cuyos azares habemos participado. Cuando cada uno de nosotros haya traído á este monumento su parte de trabajos, habremos cumplido en comun una tarea que, si no por el talento al menos por la veracidad y por la conciencia, quizás no será indigna del objeto de nuestro viaje ni del augusto protector á quien va este libro dedicado.

FIN.